

tambien de vosotros?.... ¡No, no.... eso seria imposible!....

—Créame vd.; solo con mi salida podré conjurar el terrible peligro que nos amenaza.

—Pero ¿no sabré?....

—He dicho á vd. varias veces, que es un secreto que he jurado guardar. No puedo decir á vd. á dónde voy, pero sí asegurarle que trabajo porque nunca nos separen.

—Veo que es cosa decidida, y no quiero oponerme. Guarda tu secreto, y quiera Dios traerte á nuestros ojos sano y salvo como sales.

Cárlos besó con respeto la mano de su padre, abrazó á su tierna hermana, y marchó á la calle, dejando á los dos llenos de sobresalto, de tristeza y de dolor.

CAPITULO X.

El ángel y el demonio.

Era poco despues de oscurecer. Aún se veian en los arrabales y plazuelas hombres y mujeres del bajo pueblo embriagados con bebidas espirituosas, y tendidos sobre valiosos objetos de que pocas horas antes habian entrado en posesion de hecho, aunque no de derecho.

Los serenos recorrían las calles de la ciudad con la escalera al hombro, encendiendo los faroles, y varios grupos de gente armada se retiraban, unos á sus casas y otros á sus cuarteles, refiriendo cada cual las hazañas que habia hecho en aquel dia. Por lo demas, la poblacion permanecia en silencio, las puertas de los zaguanes de los prin-

cipales edificios cerradas; y las familias de alguna fortuna continuaban con su temor, sin atreverse á salir á ninguna parte.

Extraño por lo mismo parecia, cuando todos evitaban abandonar su casa, ver á un jóven, sin ninguna insignia militar y elegantemente vestido, atravesar las calles, solo, sin mas armas que un magnífico baston de estoque, y dirigirse hácia el lúgubre callejon de Cuajomulco, en cuya esquina permanecian embriagándose en una tienda de licores, algunos individuos del bajo pueblo, embozados en sus frazadas, por debajo de las cuales se veia el extremo de las espadas de que estaban armados.

—¿A dónde irá, valedores, por estos barrios, ese *rotito* (1)?

Dijo uno que ostentaba un enorme chirlo que le cruzaba desde la frente al carrillo izquierdo, atravesando por encima de la nariz.

—¿*Quieres* que se lo pregunte?

Contestó otro no de mejor catadura que el primero.

(1) Insulto del pueblo bajo á los que visten elegantemente.

—Estemos *silencio* (1)—advirtió un tercero, apurando un trago de aguardiente—dejemos que cada cual vaya por donde *quiera*.

—¿Tienes miedo á que traiga cachorros en el bolsillo?

—Ya sabes, valedor—contestó el que habia estado porque se dejase en paz á nuestro jóven—que soy tan hombre como el primero, y que me *rifo* (2) con el mejor. Y para probarlo—añadió levantando con la mano el ala del sombrero sobre la frente—voy yo *mesmo* no solo á preguntárselo, sino á traerle aquí para que nos lo diga.

—Corriente—gritaron todos:—con eso echará un trago con nosotros.

El jóven que habia oido, mientras pasaba, aquel diálogo que se dirigia á él, trató de alargar el paso para evitar que le detuvieran; pero fué inútil su empeño. El hombre que habia ido á su eneuentro le alcanzó y le dijo:

(1) Quietos.

(2) Que lucho, que me pongo, etc.

—Tenemos que hacerle una pregunta á su merced.

—¿Cuál?

—Se la dirémos en aquella tienda.

—Es que voy de prisa y no puedo detenerme.

—Pues hemos resuelto lo contrario.

—¿Con qué derecho?

Preguntó irritado el detenido.

—Con el de nuestra santa voluntad.

—Yo soy dueño de la mia.

—Vamos, vamos, menos plática, y venga su merced, si no *quiere* hacer conocimiento con la punta de mi *jierro*.

Dijo sacando del ceñidor un enorme puñal.

El jóven conoció que la resistencia era inútil contra tantos como presenciaban la escena, y resuelto á no defenderse sino cuando no le quedara otro remedio, contestó:

—Quiero complacer á vdes.

Y se dirijió resueltamente hácia el grupo que estaba en la tienda. Pero no bien le hubo visto uno de ellos el rostro á la clara luz del quinqué colocado sobre el mostrador,

cuando exclamó con respeto y quitándose el sombrero.

—¿Su merced por aquí, D. Antonio?

—¿Qué es esto, Pedro?

—Ya lo vé su merced: las señoritas no salen esta noche, y me he escurrido para estar un rato con mis amigos.

—¿Y quieres saber ahora á dónde voy?

Preguntó sonriendo nuestro jóven.

—No señor: fué una broma: su merced nos dispensará, y puede ir á donde tenga por conveniente.

—¿Pero estos señores se darán por satisfechos con eso?

—Sí, señor. Amigos—añadió luego Pedro dirijiéndose á sus camaradas—el señor es el médico de la casa en que yo estoy de portero, y es preciso que no se le detenga ni un instante.

—Está bueno, valedor—contestó el del chirlo—aquí no tratamos de ofender á *nai-de*; puede irse cuando guste, dispensando nuestra imprudencia.

—Precisamente ahora—dijo Don Anto-

nio—es cuando yo voy á decir á vds. á dónde iba.

—No señor—replicó Pedro—de ninguna manera.

—Es que me interesa.

—Eso es otra cosa.

—¿Sabes en qué número vive el capitán Rossi?

—No me acuerdo del número, pero sé la casa, y acompañaré á su merced hasta la puerta.

—¿Y te privas de la compañía de tus amigos?

—No le hace: precisamente estaba para despedirme de ellos, porque no quiero que noten mi falta en casa.

—Harás muy bien.

—Pues cuando su merced guste le enseñaré donde vive el señor Rossi.

—Ahora mismo.

—Andando.

—Adios, señores.

Dijo el médico al marchar.

—El vaya con su merced, señor amo.

Contestaron todos, quitándose el sombrero.

—Hasta mañana, amigos.

Añadió Pedro.

—Hasta mañana.

Respondieron. Y D. Antonio y Pedro echaron á andar hácia la casa de Rossi que estaba ya muy cerca.

—¿Va su merced—dijo Pedro mientras marchaban—á hacer alguna visita al capitán?

—Sí; tengo que verle.

—Hoy sí que, segun dicen, se ha puesto las botas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que el señor Rossi, se ha hecho rico con lo que ha pescado en el Párian.

—¿Sabes algo?

—¡Toma! dicen que se ha traído á su casa una buena parte de los géneros mas exquisitos que habia en la tienda de un tal D. Andrés, á quien no podia ver, porque su hija, cuentan que le dió calabazas.

—Es verdad. ¡Pobre Pilar!

—Así se llama la jóven, segun he oído.
¿La conoce su merced?

—Algo.

—Aseguran que es muy buena y muy hermosa.

—No mienten.

—Y agregan que si está enamorada ó no está enamorada de un jóven.

—¿De un jóven?—preguntó con interes D. Antonio.—¿Y has oído cómo se llama ese jóven?

—No señor, no dijeron el nombre.

—¿Ni la carrera que ejerce?

—Tampoco. Pero lo ensalzaron mucho, diciendo que era un hombre de mucho talento, rico, de buena familia y virtuoso.

—¿Quiere decir que vale mas que Rossi?

—Pero que puede menos, y que por lo mismo se quedará sin la novia.

—¿Cómo!—exclamó sorprendido D. Antonio—expíciate.

—Está ya dispuesta la expulsion de los españoles, y el padre de Pilar saldrá del país.

—Y su hija le seguirá, ¿no es esto?

—No señor.

—¿Qué dices?

—Lo que cuentan.

—Pero ¿quién se opondrá á que la hija siga al padre?

—Lo ignoro: yo no sé mas sino que eso dicen. Pero ya hemos llegado: esta es la puerta.

—Gracias, Pedro.

—No hay de qué, señor amo.

—Te aconsejo que vayas á casa antes de que noten tu falta.

—Ahora mismo me voy.

—Pues hasta mañana, Pedro.

—Hasta mañana, señor amo.

Pedro se alejó, y el jóven médico subió de dos en dos los peldaños de la escalera. Poco despues llamaba á la puerta del entresuelo.

—¿Quién es?

Preguntó una criadita graciosa y pizpeta, asomando su cara risueña por el ventanillo.

—Es inútil que le diga á vd. mi nombre, porque no me conoce el Sr. Rossi, á quien

vengo á ver para un asunto de la mayor importancia para él.

—Voy á decírselo.

Antonio esperó á que volviese la criada: á los pocos instantes llegó ésta, abrió la puerta y dijo:

—Pase vd. á ese gabinete, que ahí está.

D. Antonio se introdujo en el gabinete con paso resuelto, y se quedó de pié enfrente al hombre á quien buscaba.

Rossi acababa de tomar chocolate, y estaba arrellanado en un mullido sillón de brazos, saboreando un exquisito puro habano que sostenía en la punta mas de un dedo de ceniza fina y blanquísima. En medio de la mesa lucía un excelente quinqué, y á su lado un par de pistolas inglesas, perfectamente cinceladas. Junto á la pared, pero en uno de los ángulos, se descubría, sobre un caballete de madera de cedro, una lujosa silla mexicana de montar, llena de adornos de plata, sobre cuyo fuste descansaban unas riquísimas *chaparreras* (1) de suave

(1) *Chaparreras* llaman en México á una especie de pantalon muy ancho hecho de pieles que se lo ponen enci-

piel de venado; en el fondo de la estancia y encima de un sencillo canapé, se veían colocadas, unas sobre otras, considerable número de piezas de gró de todos colores, finísimos paños, ricas mantillas de blonda, cajas de terciopelo, y otra porción de objetos de mucho valor, que hicieron recordar á nuestro jóven médico, la expresion vulgar, pero significativa de Pedro, de que Rossi se habia puesto las botas aquel dia. El resto del gabinete no presentaba otra cosa que digna de atencion fuese.

Rossi, al ver entrar al desconocido, se puso en pié y le ofreció una silla.

—No vengo á sentarme—contestó D. Antonio con aspecto severo—sino á suplicar á vd. que coja sus armas y me siga en el instante.

ma del que llevan cuando montan á caballo y llueve; por delante llegan hasta la cintura, pero por detrás solo hasta el fin del muslo, dejando el pantalon interior libre la parte del asiento: estas *chaparreras*, que son utilísimas, están unidas en la cintura á un cinturón de cuero con una hebilla por detrás, con lo que se consigue quitárselas ó ponérselas cuando conviene, con una facilidad.

—¡Qué siga á vd!—dijo asombrado Rossi.—¿Y á dónde, y para qué?

—Seré breve en mis explicaciones.

—Precisamente soy partidario de la brevedad.

—Lo celebro infinito.

—Al grano.

—Usted ama á una jóven llamada Pilar.

El capitán se quedó mirando fijamente y con extrañeza al que le hablaba.

—¡Hombre!—contestó luego soltando una carcajada, y mirando con cierto aire burlón á su interlocutor—yo amo á todas las mujeres que son bonitas: en esto no hago mas que ser admirador de las obras del Sér Supremo.

—Pero ella le aborrece á vd.

—Es noticia—contestó Rossi con la mayor calma—que la sé desde que la dije mi atrevido pensamiento. Adelante, y por Dios que me hable vd. de cosas nuevas.

—Usted ha proyectado su ruina.

—Tambien eso es viejo.

—Y hoy la ha llevado vd. á cabo.

—Eso siquiera es algo mas nuevo; pero

que ya lo sabia tambien yo. Si no tiene vd. otra cosa que comunicarme, siento que esté vd. perdiendo el tiempo con cosas que de puro añejas las tengo ya olvidadas.

D. Antonio arrugó el entrecejo de una manera terrible.

Rossi lo advirtió, y siguió diciendo:

—Veo que le hace á vd. mal efecto mi franqueza.

—Lo que yo veo—prorumpió el jóven lleno de la mas alta indignacion—es que vd. es un malvado sin principios ni religion: un infame que se burla de lo mas sagrado: un hombre indigno de la hospitalidad que ha encontrado en este hermoso país; un hipócrita, en fin, que manifestando una adhesion sin límites á la causa de la libertad, la desconceptúa con sus villanos hechos.

Nunca habia escuchado Rossi insultos tan marcados: la reputacion de valiente que disfrutaba, la habia adquirido justamente en el campo de batalla y en los muchos desafios que habia sustentado aun por la palabra menos ofensiva. Irascible y altanero, jamas escuchó una frase que pudiese herir

en lo mas mínimo su delicadeza, sin que al instante no sacase la espada. D. Antonio sabia todo esto, y por lo mismo esperó sereno el resultado, que no podia ser otro, en su concepto, que un duelo á muerte. Pero se engañó: Rossi escuchó todo aquel vocabulario de insultos, con una calma imperturbable: su fisonomía se habia mantenido tranquila y serena, y en sus labios se habia notado la sonrisa de la compasion, ó tal vez del desprecio.

—¿Ha concluido vd. ya?—Preguntó con la mayor sangre fria el sardo, tirando del cordon de la campanilla, apareciendo en el acto la criada á quien dijo:—Trae un vaso de agua con azucarillo para el señor.

La criada desapareció.

—Señor capitán—dijo temblando de ira el jóven médico—no agregue vd. á la maldad la cobardía: yo soy el amante de Pilar; el hombre por quien desprecia á vd.

Rossi, se quedó examinando, pero sin alterarse, á D. Antonio.

—Lo debí conocer—continuó luego sin

perder su tranquilidad—en el calor con que ha tomado vd. su defensa.

—Defensa que no abandonaré mientras yo aliente.

—Esa es una recomendacion que le altece á vd. á los ojos de Pilar.

—Yo no le pido á vd. parecer sobre lo que ella podrá pensar: yo he venido á exigir de vd. la devolucion de los objetos extraidos de la tienda de su padre, parte de los cuales veo sobre ese canapé; su excepcion para que no sea expulsado, y que renuncie vd. para siempre á la jóven que amo.

—Le prometo á vd. complacerle, á fé de caballero.

Contestó con la mayor formalidad Rossi.

—¿Cuándo?

Preguntó halagado por una lisonjera esperanza el jóven médico.

—Cuando haya disfrutado de lo que fué suyo; haya dado el tal D. Andrés un largo paseo por su patria, y no apetezca yo el cariño de la mujer que ama vd.

D. Antonio rechinó los dientes al verse tan hipócritamente burlado.

En aquel momento la criada entró con el vaso de agua; lo dejó sobre la mesa, y volvió á salir sin detenerse.

—Puesto que no está vd. dispuesto á obsequiar en ese punto mi deseo—exclamó seriamente el jóven médico—espero que no rehusará vd. salir conmigo para medir nuestras armas en el sitio que juzguemos conveniente.

—No puedo complacer á vd. tampoco en esto último.

—¡Cómo!—repuso asombrado D. Antonio—¿se niega vd. á batirse conmigo?

—Me niego: tengo formado mi plan, y no quiero perder lo que tanto codicio, hasta no haberlo conseguido. Despues no tendré inconveniente en complacer á vd.

D. Antonio quedó helado con aquella inesperada respuesta.

—Es que yo quiero que nos batamos esta misma noche.

—Repito que no puede ser.

—¿No?

Dijo ciego de ira el amante de Pilar.

—No.

Contestó tranquilamente Rossi.

—¡Sois un cobarde!

Una carcajada estrepitosa fué la contestacion del sardo.

—Sí—añadió D. Antonio cada vez mas indignado por la imperturbabilidad de su contrario—un cobarde; y lo publicaré por todas partes.

—Y nadie lo creerá, como no lo cree vd. tampoco—contestó Rossi.—Mi reputacion como valiente, está apoyada sobre muy sólidas bases para que den crédito á las palabras de un pobre loco á quien ciega la ira de los celos.

—¡Rossi!—Gritó frenético el jóven:—Yo he venido á matarle á vd., y no volveré á mi casa sin haber cumplido mi deseo.

—Puede vd. hacerlo: sobre la mesa tiene vd. un par de pistolas excelentes: dispare vd., que yo no me defenderé.

—Es que yo no soy ningun asesino: yo quiero matarle, pero defendiéndome.

—En ese caso, siento decir á vd., que no moriré esta noche.

—¿Por qué?

—Porque, repito, que no me batiré hasta no haber alcanzado lo que deseo.

Don Antonio se mordió los labios hasta hacerse sangre; habia tropezado con un hombre que era invariable en sus resoluciones.

—¿Y cree vd.—exclamó D. Antonio con acento terrible—que no le saldrá á vd. al camino mi espada, para atajarle en su carrera de crímenes?

—Entonces quitaré ese estorbo con la mia.

—¿Es decir que ahora no se atreve vd. á lidiar conmigo?

—No quiero ó no me atrevo; me es igual que piense vd. de una ó de otra manera.

—Pues bien—añadió el jóven sacando una tarjeta de una cartera y entregándola á Rossi—aquí tiene vd. mi nombre y las señas de la casa en donde vivo: si es vd. hombre de honor, espero que mañana me cite vd. para el sitio que crea conveniente y quede arreglado este asunto; pero esté vd. persuadido que de no hacerlo así, le desconceptuaré

por todas partes, y le insultaré donde quiera que le encuentre.

—Mil gracias por el aviso.

Contestó sonriendo el sardo.

—Adios.

—Adios.

D. Antonio salió despechado al ver lo infructuoso de su paso, mientras Rossi, apurando el vaso de agua, y volviéndose á arrellanar en su sillón, dijo leyendo la tarjeta:

—¿Qué cándidos son estos jóvenes que todo lo quieren componer como los antiguos caballeros! Sin embargo, esta tarjeta va á serme de suma utilidad. Ella me inspira la manera de deshacerme de un rival á quien no conocia, y me proporciona una nueva venganza: guardémosla en mi cartera para cuando sea conveniente: ahora echémoslas las pistolas en el bolsillo, y salgamos sin perder tiempo.

Y al decir esto guardó las pistolas en el bolsillo de la levita, encendió un puro, y salió á la calle pronunciando en voz baja, y en tono amenazador, el nombre de su rival. Este iba descuidado y entregado á sus re-

flexiones hácia la calle de Corpus-Cristi Rossi lo vió al instante, y exclamó para sí.

—¡Pronto veremos quién triunfa!

Y siguió el mismo rumbo, sin que D. Antonio notase su proximidad, ni el cuidado con que marchaba para no ser oído.

CAPITULO XI.

El ama y la criada.

A la hora misma en que Cárlos salía de su casa dejando á su anciano padre entregado al mas profundo pesar, salía tambien de otra que se encontraba á muy larga distancia de aquel sitio un hombre que llevaba vendado el brazo derecho con un pañuelo blanco.

Este hombre era Fernando que, desentendiéndose de los cariñosos ruegos de su esposa, se dirijia á la casa en que hacia dos años pasaba las principales horas de la noche.

Luisa, al ver partir á su esposo, se sentó abatida sobre el sofá que adornaba la pieza en que tuvo lugar la desagradable escena de la carta. La conducta de su cónyuge,